

Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE
PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

**AUGUSTO ROA
BASTOS**
El baldío
(1966)

No tenían cara, chorreados, comidos por la oscuridad. Nada más que sus dos siluetas vagamente humanas, los cuerpos reabsorbidos en sus sombras. Iguales y sin embargo tan distintos. Inerte el uno, viajando a ras del suelo con la pasividad de la inocencia o de la indiferencia más absoluta. Encorvado el otro, jadeante, por el esfuerzo de arrastrarlo entre la maleza y los desperdicios. Se detenía a ratos a tomar aliento. Luego recomenzaba doblando aún más el espinazo sobre su carga. El olor del agua estancada del Riachuelo debía estar en todas partes, ahora más con la fetidez dulzarrona del baldío hediendo a herrumbre, a excrementos de animales, ese olor pastoso por la amenaza del mal tiempo que el hombre manoteaba de tanto en tanto para despegárselo de la cara. Varillitas de vidrio o de metal entrechocaban entre los yuyos, aunque de seguro ninguno de los dos oíría ese cantito isócrono, fantasmal. Tampoco el apagado rumor de la ciudad que allí parecía trepidar bajo tierra. Y el que arrastraba, sólo tal vez ese ruido blando y sordo del cuerpo al rebotar sobre el terreno, el siseo de restos de papeles o el opaco golpe de los zapatos contra las latas y cascotes. A veces el hombro del otro se enganchaba en las matas duras o en alguna piedra. Lo destrababa entonces a tirones mascullando alguna curiosa interjección o haciendo a cada forcejeo el ha... neumático de los estibadores al reventar la carga rebelde al hombreo. Era evidente que le resultaba cada vez más pesado. No sólo por esa resistencia pasiva que se le empacaba de vez en cuando en los obstáculos. Acaso también por el propio miedo, la repugnancia o el apuro que le iría comiendo las fuerzas, empujándolo a terminar cuanto antes.

Al principio lo arrastró de los brazos. De no estar la noche tan cerrada se hubiera podido ver los dos pares

de manos entrelazadas, negativo de un salvamento al revés. Cuando el cuerpo volvió a engancharse, agarró las dos piernas y empezó a remolcarlo dándole la espalda, muy inclinado hacia delante, estribando frente a los hoyos. La cabeza del otro fue dando tumbos alegres, al parecer encantada del cambio. Los faros de un auto en una curva desparramaron de pronto una claridad amarilla que llegó en oleadas sobre los montículos de basura, sobre los yuyos, sobre los desniveles del terreno.

El que estiraba se tendió junto al otro. Por un instante, bajo esa pálida pincelada, tuvieron algo de cara, lívida, asustada la una, llena de tierra la otra, mirando hacer impasible. La oscuridad volvió a tragarlas enseguida.

Se levantó y siguió halándolo otro poco, pero ya habían llegado a un sitio donde la maleza era más alta. Lo acomodó como pudo, lo arropó con basura, ramas secas, cascotes. Parecía de improviso querer protegerlo de ese olor que llenaba el baldío o de la lluvia que no tardaría en caer. Se detuvo, se pasó el brazo por la frente regada de sudor, escarró y escupió con rabia. Entonces escuchó ese vagido que lo sobresaltó. Subía débil y sofocado del yuyal, como si el otro hubiera comenzado a quejarse con lloro de recién nacido bajo su túmulo de basura.

Iba a huir, pero se detuvo encandilado por el fogonazo de fotografía de un relámpago que arrancó también de la oscuridad el bloque metálico del puente, mostrándole lo poco que había andado. Ladeó la cabeza, vencido. Se arrodilló y acercó husmeando casi ese vagido tenue, estrangulado, insistente. Cerca del montón había un bulto blanquecino. El hombre quedó un largo rato sin saber que hacer. Se levantó para irse, dio unos pasos tambaleando, pero no pudo avanzar. Ahora el vagido tironeaba de él. Regresó poco a poco, a tientas, jadeante. Volvió a arrodillarse titubeando todavía. Después tendió la mano. El papel del envoltorio crujió.

Entre las hojas del diario se debatía una formita humana. El hombre la tomó en sus brazos. Su gesto fue torpe y desmemoriado, el gesto de alguien que no sabe lo que hace; pero que de todos modos no puede dejar de hacerlo. Se incorporó lentamente, como asqueado de una repentina ternura semejante al más extremo desamparo y quitándose el saco arropó con él a la criatura húmeda y lloriqueante. Cada vez más rápido, corriendo casi se alejó del yuyal con el vagido y desapareció en la oscuridad.

**SANDRA
LORENZANO**
*El mundial y la
patria
(1966)*

UNO

A los catorce años odiaba a mis padres. No sé si escribirlo así, en pretérito imperfecto, o mejor en indefinido: A los catorce años odié a mis padres. Porque no es que de a poco mi amor infantil, aquel que me hacía pensar que eran los mejores del universo –aunque tal idea ya venía un tanto maltrecha por un par de enfrentamientos de cuando yo tenía trece–, se hubiera ido diluyendo lentamente a consecuencia de la mezcla explosiva entre mis hormonas y su intransigencia (reconozcámoslo, no hay padres intransigentes durante la adolescencia de sus hijos. Aun los más liberales, alivianados y buena onda, tienen de pronto sus quince minutos, no de fama, sino de autoritarismo. Lo siento: no hay quien se salve). Podría haber sido así, no hubiera resultado raro. Pero no lo fue. Lo nuestro –mejor dicho: lo mío, mi odio– tiene fecha: 9 de julio de 1977. Día patrio, pensarán quienes conocen algo de historia argentina. En aquel país era día patrio, sin duda; pero no en el aeropuerto de Madrid donde acabábamos de aterrizar mi madre y yo, ¿Mi padre? Nos habíamos despedido de él en secreto esa madrugada, en la casa de la abuela. Me abrazó.

–Tenés que cuidar a mamá. Vas a ser el hombre de la casa. Ante mi gesto –curiosidad, enojo, tensión, todo junto– agregó:

–Yo los alcanzo enseguida, petiso, no te preocupes. Desde chiquito me decía “petiso”, no Mati, ni Mat, ni Matías, como me decía todo el mundo. “Petiso”. En ese

momento me hizo menos gracia que siempre. –¿Cuánto es enseguida, pa? Mamá y la abuela lloraban. Yo también lo abracé.

–No tardes mucho.

No volvimos a verlo. En el año 77, “enseguida” podía significar una eternidad.

DOS

“Así se prepara Argentina para el Mundial de fútbol”, decía en el telediario el conductor de la noche. Ya saben cuál: el de los anteojos cuadrados y bigotito a la antigua. Prendíamos la tele a las nueve y mirábamos un rato las noticias mientras cenábamos. Después cada uno se encerraba en su cuarto. Mamá casi siempre a llorar. Yo leía, o fumaba mirando el pedazo de cielo oscuro que se veía desde la ventana. A veces rasgueaba un rato la guitarra, o ponía la radio, bajita. Y la odiaba.

–Es el Mundial de la dictadura, Mati. Son unos hijos de puta.

La acompañaba a las marchas, y a las reuniones con los compañeros. Me importaba saber qué noticias había de papá. Había dicho: “Los alcanzo enseguida, petiso”. Todavía no habían encontrado el cuerpo, por eso pensábamos que podía aparecer en cualquier momento. A él también lo odiaba. Repartíamos unos volantes que decían: “¿Jugar al fútbol en un campo de concentración?”. Igual me sabía de memoria los nombres de los jugadores: Fillol, Passarella, Tarantini, Ardiles, Bertoni, Houseman, Kempes. “Es el mundial de la dictadura, Mati. Son unos hijos de puta”. Pero yo

recitaba un nombre tras otro como una letanía. “¿Cuánto es enseguida, pa?” Soy el hombre de la casa.

Mamá fue tajante:

–Acá no vamos a hacerle el juego a los milicos. Nada de fútbol, Mati. ¿Querer ver un partido era traicionar a mi padre? Y mandarnos solos a España, ¿qué era?

–Encima seguro están todos los partidos comprados–decían los compas en las reuniones.

–Che, ¿no vamos a conseguir un televisor para ver juntos el Mundial?– preguntó el Santiagueño. Las miradas de todos se clavaron en él con odio. Yo hubiera querido decir algo para apoyarlo, pero cuando tenés quince años a nadie le importa lo que pienses o digas-. Bueno, era una pregunta nomás. También los odiaba a ellos. Y a la Argentina. A todos. Hacía casi un año que me la pasaba tratando de olvidarme de que tenía un país. “Un país de mierda”, decía mi vieja. Casi un año, pero todavía me equivocaba cuando trataba de pronunciar la c y la z. “Cassshate argentino”. Que siguieran con las bromas. En poco tiempo nadie se iba a dar cuenta de que no había nacido acá. Ya hasta había elegido el lugar exacto: Getafe. Sí, señor. “De Getafe, macho”, diría cuando algún idiota me preguntara de dónde era. No necesitaba para nada a aquel país de mierda, ni al fútbol, ni a mi viejo.

TRES

Me acuerdo exactamente de lo que hice durante cada uno de los partidos. Bueno, no es tan difícil recordarlo: me encerré en mi cuarto con porro cada vez. Con un porro y con Pink Floyd. “For long you live and high you fly / but only if you ride the tide / and balance don the biggest wave / you race towards an early grave”.

2 de junio: Argentina 2 – Hungría 1

6 de junio: Argentina 2 – Francia 1

10 de junio: Italia 1 – Argentino 0

14 de junio: Argentina 2 – Polonia 0

18 de junio: Argentina 0 – Brasil 0

21 de junio: Argentina 6 – Perú 0

¿Estarán de verdad comprados? ¡Pero si alguno hasta lo perdimos! Pero yo no podía alegrarme. No debía alegrarme. Era el Mundial de los milicos. Igual me hubiera gustado estar allá, abrazar a los pibes del colegio en cada gol. “Vamos, vamos, Argetina, vamos vamos a ganar...”. Mejor no pensar. No acordarse. “Breathe, breathe in the air”, canta Roger Waters.

Respiro hondo.

Me hubiera gustado estar allá.

No hay allá.

CUATRO

25 de junio. La final: Argentina-Holanda. El monumental a punto de reventar. No cabe un alfiler. Estoy en el café de la esquina de la plaza. No, no entro. Siento que traicionaría a mi padre si me siento a ver el partido. ¿Él lo estará viendo? Miro por la venta. Los papelitos que tiran desde las tribunas. Las banderas.

Me sube un calorcito que es a la vez de emoción y de dolor. Estoy lejos y aquel no puede ser más mi país. ¿De verdad son todos cómplices? Mejor me olvido del fútbol, de la dictadura y de todo. No quiero volver a casa. Camino. ¿Adónde? Voy bajando por San Bernardo para el lado de Atocha. No pienso subirme a ningún tren, pero me gustan las grandes estaciones. A lo mejor porque me provocan algo parecido a lo que estoy sintiendo. Un poco de incertidumbre, una sensación de indefensión, de deseos de escapara adonde sea, algo de angustia. ¿Dije que me gustaba? Ustedes entienden de qué hablo, ¿no? Es un poco como sentarse a mirar el mar. Puedo dejar de pensar y que el vaivén de gente y voces me lleve lejos. ¿Cuánto tiempo pasé así? ¿Ya habría terminado el primer tiempo? País de mierda. Lo odio. Pero se acabó. Para mí se acabó.

–Hola –dice alguien.

Dos ojos negros y brillantes sonrén frente a mí. Debe llamarse Amina o Laila o Soraya. Y seguro no tiene más de trece o catorce años Me toma de la mano y la sigo. Quiero explicarle que no tengo dinero, que hay un partido de fútbol, que mi viejo prometió que venía enseguida. Y que yo tengo quince años y pánico de estar con una mujer, aunque sea casi una niña, como ella. ¿Vale la pena decirle todo?

Apenas habla castellano.

–Me llamo Carmela – me dice y yo decido creerle-. ¿Y tú?

–Javier– miento con una jota tan castiza como me sale. Ella decide creerme. Llegamos al cuartito que comparte con otras chicas. ¿Marroquíes? ¿Gitantas? Hay poca luz, en algún rincón duerme un bebé. Carmela cierra la cortina que separa su cama del resto. Me dejo acariciar. Cierro los ojos. Kempes y los papelitos y las banderas y los milicos y el monumental y mis viejos. Los odio.

–¿De dónde eres, guapo?

– De Getafe.

–También yo.